



Boletín Oficial

DEL

Obispado de Osma



Año XLIV. 29 DE DICIEMBRE DE 1923. Núm. XXIII



NOS EL DR. D. MATEO MÚGICA Y URRESTARAZU,

POR LA GRACIA DE DIOS Y DE LA SANTA SEDE APOSTÓLICA, OBISPO DE OSMA, PROTONOTARIO APOSTÓLICO, «AD INSTAR PARTICIPANTUM» SEÑOR DE LAS VILLAS DE EL BURGO, UCERO, Y LAS DOS QUINTANAS RUBIAS ETC.

Al Venerable e Ilmo. Deán y Cabildo de nuestra S. I. Catedral,
: : al Venerable Abad de la Insigne Iglesia Colegial de Soria, : :
: : : : a los Arciprestes, Párrocos, y demás Clero, : : : :
: a las Comunidades Religiosas y a todos los fieles del Obispado :

Salud y gracia en **Nuestro Señor Jesucristo**

Deus ipse veniet, et salvabit vos. Dios mismo vendrá y os salvará. ISAI XXXV, 4.

Et vocabis nomen ejus Iesum, ipse enim salvum faciet populum suum a peccatis eorum. Y le llamarás Jesús: porque Él salvará a su pueblo de todos sus pecados. MATT. I. 21.

CUANDO las dos majestades soberanas, Su Santidad el Papa Benedicto XV, de inmortal memoria, y nuestro augusto y Católico Rey Don Alfonso XIII, q. D. g., nos confiaron en 1918 la gloriosa sede Oxomense, os decíamos en Nuestra primera Carta Pastoral que

«Jesucristo es la Verdad, el Camino y la Vida. Fuera de Él no hay más que errores que entenebrecen las inteligencias, caminos tortuosos que desvían, muerte segura, doble, espiritual y temporal.» ¿A qué conduce disfrutar, gozar, acumular bienes materiales, *vivir la vida*, como ahora se dice, si no se vive en Jesucristo, por Jesucristo y para Jesucristo? No hay ni sabiduría, ni paz, ni bienestar, ni virtud, ni vida fuera de Jesucristo, única esperanza, único consuelo, única salvación para el hombre; rama que se desgaje de ese árbol; sarmiento que se separe de esa cepa; miembro que se separe de esa cabeza, será cortado y arrojado al fuego. No hay; no puede ponerse otro fundamento que el que está establecido, es decir, Jesucristo (1); no hay otro nombre bajo el cielo por el cual los hombres puedan ser salvados, sino es Jesucristo (2). Lleno de gracia y de verdad, solo unidos a Él podremos tener lo que Él tiene; verdad para el entendimiento; gracia interior para el corazón; vida sobrenatural y divina».

Y ahora, amadísimos diocesanos, ¿podríamos escribir la última Carta Pastoral que os dedicamos sobre asunto más importante que Jesucristo, hoy que por doble y soberana voluntad de Nuestro Santísimo Padre, el Papa Pío XI, y de Nuestro Católico Monarca D. Alfonso XIII, estamos en vísperas de ir a gobernar y regir la gloriosa sede de Pamplona? No, amados diocesanos; y por eso, y porque las jubilosas fiestas de la Natividad, Circuncisión y Epifanía de Nuestro Señor Jesucristo que conmemoramos estos días nos invitan a pensar en Él, y a meditar en esos adorables misterios del Salvador, hablemos de Jesucristo, hablemos de nuestro Santísimo Salvador Cristo Jesús.

Sus nombres son: (3) *Admirable*, porque en el Niño Jesús se han realizado y se reúnen toda la suma y todo

(1) 1. Cor. III, 11.

(2) Act. Apost. IV. 12.

(3) Isaias, 9. 6.

el cúmulo de las maravillas que Dios ha obrado, muy por encima de las leyes naturales; *Consejero*, porque dotado de sabiduría máxima y de benevolencia infinita concibe óptimos y sapientísimos consejos y se los da a otros en todo tiempo, asunto y circunstancias; *Dios fuerte*, y Padre del siglo futuro, porque es verdadero Dios (1) infinitamente poderoso, y Padre amable que consagra su amorosa e infinita fortaleza a procurar nuestra dicha y utilidad; *Príncipe de la Paz*, porque Él había de reconciliar a Dios con los hombres, y dar a los hombres la paz, y con ella todos los bienes, pacificando, por medio de su sangre derramada en la Cruz, todo lo que hay en la tierra y todo lo que hay en el Cielo (2), porque al nacer El, Redentor, los Angeles, volando en memorable noche sobre los horizontes de Belén, habían de cantar gozosos: Gloria a Dios en las alturas, y en la tierra Paz a los hombres de buena voluntad; porque la paz del alma que consiste en que cada uno realice dentro de sí la Jerarquía del eterno orden de sujeción de todas sus potencias y sentidos a su razón final, es obra de poder y de soberana majestad que solo se consigue por la gracia de Cristo Señor; porque la paz de la familia que hace del hogar un pequeño cielo, por la honradez de los que la integran, por la porfía en el trabajo, por las aureolas de sus santas resignaciones, por las bendiciones del Cristianismo, es don y premio del Príncipe de la Paz; porque la paz social, la paz pública que arranca de la ley y no del sable; que consiste en la justicia arriba, dirigida por la verdad y por la clemencia; en la sumisión abajo, por motivos de conciencia, y no por temor servil; en el mutuo amor y apoyo de ricos y pobres; de patronos y obreros; en la fuerza al servicio de la religión, de la moral y del derecho, es tan bendito fruto que solo le obtendrán las naciones donde reine Jesucristo.

(1) Vide Deut. 10, 17. Jer. 32, 18. Neh 9 32.

(2) S. Pablo a los Colosenses. 1, 20.

Mas hay un nombre sobre todo nombre, impuesto por el cielo, manifestado por el arcángel Gabriel, (1) omnipotente y santísimo en el cielo, en la tierra y en los infiernos (2); nombre amable, miel para la boca, dulce melodía al oído, júbilo para el corazón; (3) nombre adorado y adorable, gozo y esperanza en la tierra y gloria en el cielo, es el de *Jesús, Salvador*, porque en efecto, es tan eficaz y omnipotente que no solo sana y salva al hombre de sus males físicos y corporales (4), sino que además purifica, santifica al alma y la salva eternamente. (5)

Veinte siglos hace que Jesús viene cumpliendo su salvadora misión cerca de los hombres y veinte siglos hace que su Nombre y sagrada Persona son alabados y bendecidos por millones de adoradores de todos los climas, sexo, edad, condición y tiempo.

Pero ¿cómo se comprende que desde hace también veinte siglos no falten enemigos del que viene á salvarlos, y que, por impiedad ó indiferencia de muchos, Jesús Salvador haya sido motivo de caída y signo de contradicción? ¡Oh mísera condición de los mortales que convierte por malicia propia en piedra de escándalo, que labra tropiezos y ruinas temporales y eternas, la salud y la salvación que há venido a ofrecer, a todos sin distinción el Médico Celestial! ¡Deplorable ceguera y maldad la de los hombres que obligan a ser Juez inexorable que los condene ¡Al que solo quiere ser Salvador que les corone de gloria!

Insistir sobre tan tremendo misterio: *Dios quiere la salvación de los hombres: Jesucristo, Salvador: muchos se*

(1) *Vocabis nomen ejus Jesum, Matt. I, 21.*

(2) *Philip. 2, 10.*

(3) *S. Bernardo.*

(4) *Marc. 16, 17.*

(5) *Ipsse enim salvunt faciet populum suum a peccatis eorum. Matt. I. 21. Nec enim aliud nomen est sub coelo datum hominibus, in quo oporteat nos salvos eri: Act. II Ap. 4, 12.*

Salvan: se condenan muchos: causas de la codenación etc exhortación á salvarse; he ahí los puntos que con la limitación que una Carta Pastoral Nos impone ofrecemos a la consideración de Nuestros amados hijos, entre los cuales no son rara avis, — pocos — los que, a no convertirse sin demora, verán y sentirán algún día con inútil espanto que el Cordero de Dios que quitaba los pecados del mundo se convirtió en irresistible León de Judá.

Dios quiere salvar al hombre, y jamás predistino a nadie a la condenación eterna.

Fué Calvino quien sentó la siguiente bárbara doctrina: *Aliis vita aeterna, aliis damnatio aeterna praeordinatur; itaque prout in alterutrum finem quisque conditus est, ita vel ad vitam, vel ad mortem praeordinatum dicimus..* (1) *Neque in aliis reprobando aliud habebimus, quam ejus voluntatem:* (2) es decir, Dios ha predestinado un gran número de hombres a la condenación, no por sus pecados, sino únicamente por su beneplácito y voluntad. A tan crueles y heréticas afirmaciones tenemos que oponer las rotundas y múltiples de las Santas Escrituras: Dios no quiere la muerte, sino la vida del pecador: *nolo mortem morientis,* (3) declara por el Profeta Ezequiel, y confirmó su declaración con juramento, diciendo = *Vivo yo, el Señor Dios, que no quiero la muerte del impio, sino que se convierta el impio de su camino y viva.* (4) *Perditio tua ex te Israel, clama por Oseas, tantummodo in me auxilium tuum* (5) Tu perdición es obra tuya, oh Israel, la salvación, mía.

Indudablemente, amados diocesanos, decir que

(1) Calv. ins., l. 1. cap. 21 § 5.

(2) Ibid. § 11.

(3) Ezech. XIII, 32.

(4) Ibid, 33 11. *Vivo ego, dicit Dominus Deus, nolo mortem impii, sed ut convertatur impius a via sua et vivat.*

(5) Os. XIII. 9.

Dios Nuestro Señor ha *criado* un gran número de hombres para el infirno es ir en contra de abundantes y clarísimos testimonios de los Libros Divinos.

¿No exige el Apóstol San Pablo que se pida por todos los hombres, precisamente porque Dios quiere salvar a todos? *Os ruego que oréis ante todo.... por todos los hombres... porque esto es bueno y agradable al Salvador Dios Nuestro, que quiere que se salven todos los hombres.* (1)

¿No nos enseña por el mismo Apóstol que Jesucristo se ha dado a Sí mismo en rescate y redención por todos los hombres (1). *Christus Jesus qui dedit redemptionem semetipsum pro omnibus?* No tienen acaso este mismo sentido las palabras del Apóstol S. Pedro (3) *Patienter agit propter nos, nolens aliquos perire, sed omnes ad poenitentiam reverti?* Dios quiere que se salven incluso los pecadores por el ejercicio de la penitencia. Y qué quieren decir aquellas otras de S. Mateo (4) *Venite ad me omnes qui laboratis et onerati estis et ego reficiam vos:* Venid a mi (al Salvador) todos los que gemís bajo el peso de vuestras iniquidades, y yo os aliviaré?

Con razón escribió el cardenal Sfondrati; que el sostener ó afirmar que Dios no quiere la salvación más que de un corto número de hombres, y que por un decreto absoluto quiere condenar a todos los otros, después de haber proclamado cien veces que a todos quiere salvar, es hacer de El un Dios de teatro que

(1) 1. Tom. II, 4. *Obsecro igitur primum omnium fieri obsecrationes... pro omnibus hominibus; hoc enim [bonum est. et acceptum coram Salvatore nostro Deo, qui homines vult salvos fieri.*

(2) 1. Tim. II, 6.

(3) Petr. III. 9.

(4) Matth. XI, 28.

dice una cosa y hace otra: *Plane qui aliter sentiunt nescio an ex Deo vero Deum scenicum faciunt* (1)

Expresión terminante de la voluntad divina en orden a la salvación de los hombres son las jornadas de misericordia que va realizar con ellos, desde la cuna del género humano hasta el fin de los siglos.

Si nuestros primeros padres ofenden a Dios que los había colmado de dicha inefable, adornáudoles de de justicia y gracia originales, regaláudoles con su amistad divina y admirables dones sobrenaturales en aquel Paraíso de eterna primavera, y en castigo de su crimen puso en acción sus soberanos atributos, su justicia; a esta sigue inmediatamente la misericordia, y en el campo mismo de la funesta catástrofe, condolido de su suerte, promete a los progenitores caídos y a toda su posteridad degradada y cautiva un Redentor y una Corredentora, predestinada ya al efecto en la provisión eterna, que restauren y salven la obra de la creación. *Yo pondré enemistades, dice, Dios al instigador de la rebelión, entre ti y la mujer, y entre su Hijo y tu linaje; ella quebrantará tu cabeza y tu pondrás asechanzas a su calcaña.*(2) Segunda solemne expresión de la voluntad que Dios tiene de salvar a todos los hombres fueron la Revelación, los Patriarcas y los Profetas.

Dios reveló sus designios salvadores a la humanidad, y habló no sólo en las sombras del Edén, sino que también a los patriarcas, nómadas y pastores, en la ley natural; a Moisés y a los Profetas por la ley escrita, en la zarza ardiente de la montaña de Horeb, en el Sinaí; bajo las dulces armonías del arpa de David, bajo los sauces llorosos de los ríos de Babilonia, en las arrebatadoras y grandilocuentes profecías de Isaías, y en las sublimes visiones del joven Daniel.

Contempló el Real Profeta en lontananza al Sal-

(1) Nodus praed. par. 1. §, 1. citado por S. Alfonso M. de Ligorio.

(2) Genes. III. 15.

vador y, después de proclamarle Hijo de Dios, engendrado del Padre, le señala en herencia, no una pequeña porción de la humanidad, sino todas las gentes y, como posesión, los términos de la tierra. (1) Ante Jesucristo se rendirán los de Etiopía; le ofrecerán regalos los Reyes de Tarsis y las islas; le traerán dones los de Arabia y Saba; le adorarán los reyes de la tierra y todas las gentes, toda clase de gentes servirá a Él. (2) Dios, exclama el mismo David, hizo patente y notoria su salvación, reveló su justicia a la faz de las gentes; todos los términos de la tierra vieron la salvación de Dios Nuestro Señor. (3)

Arrebatado, Isaías, en éxtasis y visión proféticas, púsose a mirar al Mesías esperado y después de comunicarnos que «El pueblo que caminaba en tinieblas ha visto luz esplendente, y que brilla ya el sol para los que habitan en las regiones umbrosas de la muerte, (4) y que las naciones invocarán al Mesías, raíz de José, que está puesto por bandera de los pueblos (5), y será glorioso su sepulcro (6), y que Dios mismo vendrá, y nos salvará: *Deus ipse veniet et salvabit nos*, (7) y que por salvarnos «tomó (8) sobre sí nuestras enfermedades, cargó con nuestros dolores... fué llagado por nuestras iniquidades, quebrantado por nuestros pecados; fué sobre él, el castigo para nuestra paz, y con sus cardenales fuimos sanados, y cargó el Señor sobre él la iniquidad de todos

(1) Psal. II, 8.

(2) Ps. LXXI, 9-11.

(3) Ps. 97; 3. *Viderunt omnes termini terrae salutare Dei nostri.*

(4) Isai; IX, 2.

(5) En el estandarte de la Cruz,

(6) Isai; Cap. XI, 10.

(7) Cap, XXXV.

(8) No hay que olvidar que habla un Profeta y que el pre-rito se debe tomar por el futuro, según estilo profético.

nosotros; (1) henchido de alegría y lleno de alborozo por los abundantes frutos que habían de seguirse a la Redención, por las gracias que el nuevo reino, la Iglesia cristiana, recibiría por Cristo su espíritu: el esposo, prorrumpe, desbordante de magnífica elocuencia: «Regocíjate, estéril, que no pares: canta alabanza... porque muchos—serán los hijos de la desamparada,— más que los de aquella, que tiene marido, dice el Señor; esto es, más los de la nueva Iglesia que los de la Sinagoga. Ensancha el sitio de tu tienda, y extiende las pieles de tus pabellones, no seas escasa: haz largas tus cuerdas, y refuerza tus estacas. Porque te extenderás a la derecha y a la izquierda; y tu prole heredará las gentes, y poblará las ciudades desiertas. (2)

No se expresa de otro modo el Profeta Daniel en la extraordinaria y célebre Profecía de las setenta semanas. Vendrá el Mesías después de las setenta hebdómadas que han sido decretadas sobre su pueblo y sobre su ciudad santa. Y para que? *Ut consumetur praevaricatio*; para debilitar, para neutralizar, para consumir y vencer la gran prevaricación que contagió al género humano, fuente abundosa de todas las prevaricaciones; *ut finem accipiat peccatum*, para sofocar y ahogar los pecados, satisfaciendo sobreabundantemente por ellos y dándonos gracia eficaz para deshacer los pecados pasados y evitar los futuros; *ut deleatur iniquitas*, para borrar toda iniquidad, no ya solo para cubrirla y disimularla, como quiere la herejía protestante; *et adducatur justitia sempiterna*, para que haga venir la justicia sempiterna a Él como ejemplar y dechado, a nosotros, porque nos la mereció con su pasión y muerte, y nos había de infundirla mediante los sacramentos de la nueva Ley: *Et impleatur visio et prophetia*, para dar el sello, el *marchamo* definitivo de

(1) Isai. LIII. 4. 5. 6.

(2) Isai. LIV. 1—3,

verdad y autenticidad a todas las visiones y profecías antiguas; *et ungetur sanctus sanctorum*; para que el Santísimo Cristo, Ungido del Señor, derivase su santidad, no solo a Reyes, Profetas y mártires, sino a todos los santos de la humanidad. (1)

Pero la expresión culminante del deseo y voluntad de Dios en orden a nuestra salvación es el

Nacimiento temporal del Hijo de Dios en Belén de Judá: Verbo Divino que, hecho hombre, se llama y es Jesús: esto es, Salvador.

Elegida María Santísima para ser Madre del Mesías, sin detrimento alguno de su inmaculada virginidad, sabe por órdenes del cielo que su divino Hijo ha de llamarse Jesús, porque Él salvará de sus pecados a su pueblo, y allá, el año, después de la creación del mundo, cuando Dios, al principio, creó el cielo y la tierra, 5199; después del diluvio, 2957; después del nacimiento de Abraham, 2015; después de Moisés y la salida de Egipto del pueblo de Israel, 1510; después de la consagración del rey David, 1032; la sexagésima quinta semana, según la profecía de Daniel, y la 194.^a olimpiada; el año, después de la fundación de Roma, 752; el 42.^o del imperio de Octavio Augusto, gozando la tierra de una gran paz, en la séptima edad del mundo, Jesucristo Dios eterno e Hijo del Padre Eterno, queriendo santificar el mundo por su misericordiosa venida, habiendo sido concebido del Espíritu Santo, y transcurridos nueve meses después de su concepción, nace hombre, de la Virgen María en Belén de Judá, y al nacer los Angeles anuncian este hecho, el más glorioso y grande de la Historia, cantando Gloria a Dios en las alturas y paz a los hombres — a

(1) Daniel. Cap. IX, 24.

(2) Math. I. 21, *Et vocabis nomen ejus Jesum: ipse enim salvum faciet populum suum a peccatis eorum*

todos—de buena voluntad, y anunciando a los pastores el nacimiento en Belén del *Salvador* que es Cristo Señor. (2)

Y qué hizo, amados diocesanos, Jesucristo, sino salvar a los hombres? a qué vino del cielo, sino es por salvarnos? ¿qué le movió a tomar nuestra mísera humanidad, si no es su misericordioso empeño de elevarla en Sí a la dignidad divina en la unidad de la persona divina del Verbo, y en los demás a la grandeza sobrenatural de gracia y de gloria sempiternas? *Quid ultra debui facere vineae meae et non feci?*(2) Qué mas pudo hacer Jesucristo para redimir al hombre y franquearle las puertas del Paraíso?

Niño padeció desamparo, frío, pobreza incomparable en el ruinoso portal de Belén; al octavo día de su nacimiento, se sometió con asombrosa humildad a la dolorosa ceremonia de la Circuncisión, y su purísima sangre gotea del cuerpecito del divino Infante, santísimo, inocente, impecable. Consagró a nuestra salvación y ejemplo treinta años de vida obscura, de trabajo manual y humilde, y de oración, pero oración que por estar saturada de adoración infinita, transpasando los cielos de los cielos, daba a Dios toda la adoración que en justicia se le debe.

En su vida pública curó los males físicos, sanó innumerables enfermos, predicó a todos el reino de los cielos; mas su longanimidad, piedad y misericordia se ejercitaron singularmente con los pecadores, con los que parecían más excluidos de la salvación y del Paraíso. No tienen, repetía, los sanos, necesidad del médico, sino los enfermos. He venido a llamar, no a los justos, sino a los pecadores (2) Y en efecto, Mateo el publicano, la célebre Samaritana, la pecadora co-

(1) Luc. II. 11. *quia natus est vobis hodie Salvator, qui est Christus Dominus, in civitate David.*

2 Isai. V. 4.

3 Matt. IX 12. 13

gida en adult erio, María Magdalena, el buen ladrón, Pedro el Apóstol, Saulo, derribado en el camino de Damasco..., son comprobación de lo que con dañada intención de oían de él sus enemigos: *He ahí el amigo de publicanos y de pecadores.* (1)

Infinita la dignidad de la persona de Jesucristo, bastaba un acto suyo, cualquiera, aplicado a nuestro perdón, para obtener el derecho a la vida eterna; pero en su divino empeño de comprobarnos con espléndidas supererogaciones que era *Jesús*, el Salvador de todos, más allá aún que lo que demandaba la justicia divina, por ganar además todo entero el amor de nuestros mezquinos corazones, ofreció al eterno Padre como sobre precio, la obra, entre las admirables la más admirable, la más alta, la más provechosa; entre las de gracia la mayor, entre los misterios el más profundo: *su pasión y su muerte en la Cruz.*

Las negras cataratas de toda impiedad, odio y abominación, envolvieron en sus olas al inocentísimo Jesús. Celebrada la Santa Cena Pascual e instituidos el Sacrificio y Sacramento adorables, *habiendo voluntariamente secuestrado las infinitas dulzuras de su visión beatífica «Sequestrata delectatione divinae aeternitatis.* (dice S. Ambrosio), se retiró al Huerto de los Olivos: a la luz de su divinidad y previa penosa oración que le costó sudores de sangre, vió con toda claridad, el pasado, el presente, y el porvenir. A una y en tropel con los imponderables dolores que le aguardaban, desfilaron ante Aquel Divino y Universal Penitente *todas las formas del pecado y de la iniquidad*, y abismado y volcado, por decirlo así, en el cieno de tanta maldad, Jesucristo llega hasta las puertas de la muerte en dolorosísima agonía.

Llegada la hora de las tinieblas; *tremuerunt gentes*: muchos y poderosos conjurados se revuelven contra

(1) Matt. XI. 18-19. *Ecce homo... publicanorum et peccatorum amicus.*

su Mesías, Bienhechor insigne, Dios y Señor. Los dolores que le hicieron sufrir fueron sobre toda ponderación y medida. (1) Su Sacrosanta Pasión fué general, primero por la variedad de personas que concurrieron a ella: gentiles, judíos, sacerdotes, seculares, pobres, ricos, grandes y pequeños; además, por haber padecido en todos los bienes, en los amigos, en la honra, en la hacienda (pues hasta le despojaron de sus vestiduras,) y en la vida, tan amada de todos; y por último, porque padeció en todos sus miembros y sentidos, sin que quedase uno por atormentar; la cabeza aporreada con cañas y penetrado con espinas, la boca anhelosa, las barbas mesadas, el cuello herido por la soga, las manos entumecidas por las sogas y cadenas, el cuerpo sembrado de cardenales y profundas heridas por los azotes, los pies lastimados por el camino, los hombros quebrantados por el peso de la Cruz, y las manos y pies, clavados con gruesos clavos. (2)

Excesiva parecía—*excessum ejus*—(3) la sed de padecimientos que sentía el Salvador por nuestra redención: ¿era posible que aquella sed misteriosa se hiciera más intensa aún en el momento en que iba a terminar en la tierra su obra de redención? Así es, en efecto; porque ¿qué significa aquel doloroso grito que lanza Jesús, torturado de mil maneras y clavado en la Cruz: *¡Sitio!* (4) *¡Tengo sed!*

¿Cómo!, ¿tiene sed (5) el que es fuente cristalina y pura donde beben energía los atletas que se aprestan a lidiar por su Patria y por su Dios? ¿Sufrió

(1) Sum. Theolog, III pars. quaet. 45. art. 6.

(2) S. Thom. Sum. Theolog. p. III. q. 56. a: 5. De Nuestra Pastoral sobre la Santa Misa

(3) Luc. 31.

(4) San Juan XIX, 28.

(5) Sobre la palabra «*Sitio*», el muy elocuente franciscano Rev. P. Hilario Boamonde, a los que fuimos de España, en peregrinación a tierra Santa - Roma: Mayo de 1909.

sed el que es caudalósísimo río que fertiliza con las ondas fecundantes de su eterna gloria los amenos pensiles de la Ciudad de Dios, (1) la celestia! Jerusalén; el que, apiadado de las lágrimas de Agar, dió de beber a Ismael, cuando estaba a punto de morir de sed, abrasado por los rayos de un sol canicular (2); el que hizo surgir de la tierra una copiosísima fuente para que con ella apagara su mortal sed el invencible Sansón; (3) el que dió al Profeta Elías el agua dulce de las ondas del Caret; (4) el que dulcificó las aguas del Mará, (5) para que bebieran las tribus de Israel; el que hizo brotar agua de la roca escarpada del desierto, para consuelo del pueblo predilecto, sustraído al despotismo de los Faraones (6); el que a la pecadora de Samaría dió a beber de agua con la que nunca se tiene sed? (7). ¿Sufrió de sed el que es fuente cristalina, torrente de dicha, océano de dulzura, pozo de aguas vivas e inmenso piélago de felicidad?....

Sí; hubo de tener, tuvo sed verdadera Jesús, porque agonizaba después de gran efusión de sudor y sangre; mas fué aún mayor su sed de sufrimientos, para desagraviar a su Padre y remediar nuestros males: *Sitis mea*, (8) dijo admirablemente S. Agustín, *sapjus vestra: Mi sed es sed de vuestra salvación.*

Fruto de su Sacrosanta Pasión y Muerte, Jesucristo que resucitó el tercer día de entre los muertos y subió al cielo a los cuarenta, dejó en la tierra un verdadero *escuadrón* de elementos divinos, para realizar y continuar y coronar al través de los siglos su obra

1 Ps. XLV, 5.

2 Genes. XXI.

3 Judit. XV. 19.

4 III Reg. XVII, 6.

5 Exod. XV. 25.

6 Exod. XVII, 6

7 Joan... IV.

8 In Psal. 33.

redentora cerca de los hombres, a poco que estos trabajasen por su propio bien temporal y eterno.

Pues ¿qué otro fin tiene la Iglesia que Él fundó, y a la que transfundió sus prerogativas divinas, constituyéndola en el mundo con elemento humano y divino, en forma monárquica, maestra infalible, redentora, reparadora, santificadora de la humanidad con su Evangelio y con sus Sacramentos, continuadora de su mismo sacrificio por la Eucaristía, perpetuo blanco de todas las contradicciones sectarias y políticas, y triunfadora eterna de todos los obstáculos que se interponen en su camino a través de los siglos y de las generaciones?

Sin contar los auxilios y gracias que Jesucristo derrama directamente en los corazones de los hombres, ¿para qué son, sino para cooperar con Cristo en la divina obra de la justificación cristiana, el Papa, los Obispos, los sacerdotes y ministros que forman su jerarquía sagrada; las órdenes religiosas de ambos sexos, la palabra divina que se predica constantemente, los apóstoles y escritores que la reparten por el mundo; los Angeles Custodios y Santos Patronos que protegen a individuos, regiones y naciones; las gracias, bendiciones y sacramentales que concede la Iglesia; y sobre todo el Santo Sacrificio de la Misa que se ofrece sin interrupción todos los días, a todas horas y en todo lugar (1); los Santos Sacramentos y especialmente el Augusto y Soberanísimo de la Eucaristía donde Jesucristo, real y verdadera y substancialmente presente, obra Él mismo la redención, la elevación y la glorificación de la humanidad? (1)

...Han pasado, a. d., muchos años y siglos...; el mundo cristiano, entregándose con exceso a los afa-

(1) Mal. I, 11

2 *In quo Christus sumitur, recolitur memoria passionis ejus, mens impletur gratia, et futurae gloriae nobis pignus datur.*

nes y placeres de la tierra, tiende a volver las espaldas a su redentor, y ¡cosa extraña! Jesucristo que para nada necesita de los hombres, en vez de ejecutar sobre los ingratos los rigores de su divina justicia, muévase a compasión, y vuelve a aparecer de nuevo en forma visible y dice a Santa Margarita María de Alacoque aquellas admirables palabras: «Mi divino Corazón está tan apasionado por los hombres y por tí, en particular, que no pudiendo ya contener en sí mismo las llamas de su caridad ardiente, le es preciso comunicarlas por tu medio, y manifestarse a todos para enriquecerlos con los preciosos tesoros, que te descubro, los cuales contienen las gracias santificantes y saludables necesarias para separarles del abismo de perdición... «He ahí este Corazón que ha *amado tanto* a los hombres, que nada ha perdonado hasta agotarse y consumirse, para demostrarles su amor... Constituye a la humilde religiosa de la Visitación heraldo de varias promesas salvadoras y sella todas ellas en Mayo de 1688 con aquella muy grande y consoladora: *Te prometo, por la excesiva misericordia de mi Corazón, que mi amor todopoderoso concederá a todos cuantos comulguen nueve primeros viernes de mes seguidos, la gracia de la penitencia final; no morirán en desgracia mía ni sin recibir los sacramentos; haciéndose mi Corazón su seguro auxilio en aquel último momento.*

Tan excesivas misericordias habían de hallar eco en muchos cristianos: Jesucristo que amó y ama tanto a los hombres, debía ser muy amado y, en efecto, incontables son los que le amaron y le amarán, y en consecuencia

Son muchos los que se salvan

¿Quién puede dudar de ello? Adán y Eva, gran número de sus descendientes, Patriarcas, Profetas, no pocos Reyes, Sumos Sacerdotes, Sacerdotes y levitas, los judíos fieles a su ley y religión, mártires invictos de ella, los justos todos del Antiguo Testamento se

salvaron, y desde el limbo de los justos fueron conducidos a la gloria, capitaneados por el Rey inmortal, Cristo Jesús, en su gloriosísima Ascensión a los cielos.

En la Nueva Ley los Sagrados Apóstoles del Señor; los Papas que rigieron santamente la Iglesia de Dios; los Mártires que, en número de muchos millares, hicieron fácilmente creíble la fé, *Debitricem martyrii fidem*, (1) dando por Cristo su sangre y su vida; esos gloriosísimos atletas de la doctrina de Jesús que, *orando, sufriendo, muriendo con piadosa seguridad, obligaron a ruborizarse y a cambiarse a las mismas leyes que condenaban la religión cristiana.*

Los Santos Padres y Doctores que transmitieron (2) puras e inmaculadas las doctrinas del Evangelio, y pulverizaron victoriosos las herejías y los errores; los apóstoles y misioneros de todos los tiempos que, salvando las distancias inconmensurables de tierras y mares llevaron el nombre de Jesucristo a regiones apartadas, y acosados por las fieras no retrocedieron en su camino, ni desistieron de su nobilísima empresa; los anacoretas de siglos pasados, de vida enteramente consagrada a la oración, a la contemplación de las cosas divinas y al amor y servicio de Dios; los religiosos y religiosas que fueron, son y serán; que hacen resonar en sus claustros la perpetua alabanza; *laus perennis*, que se eleva noche y día, lo mismo bajo las bóvedas de las viejas abadías en cantos tiernos y suplicantes, llenos de melancolía de lo infinito y de la piedad, como de los humildes conventos de las comunidades religiosas, desde las que se exhalan dulcemente los gemidos de la paloma; esas otras vírgenes y damas de la caridad que saben prodigar cuidados infati-

(1) Tertuliano.

(2) *Orando et patiendo, cum pia securitate moriendo, leges quibus damnabatur christiana religio erubescere compulerunt, mutarique fecerunt.* S. Agustín; citado por Bossuet en el sermón sobre la Divinidad de la Religión.

gables a las enfermedades más repugnantes y más duraderas de la miserable naturaleza humana, ¡roturar los desiertos de la ignorancia, de la estupidez infantil, a veces tan ruda y rehacia; que acuden por muchos millares con coraje y paciencia invencibles a cortejar, acariciar y aliviar todas las formas y especies del sufrimiento y de la desnudez, sin poner reparo en repugnancias propias e ingratitudes ajenas: los Santos Confesores que merecieron aplacar con asombrosas penitencias la justicia de Dios, irritado contra los hombres; las vírgenes, innumerables, flor y nata de la humanidad, que con sus corazones purísimos ofendieron perpetuamente un himno a la gloria del Cordero Inmaculado, un testimonio a su divinidad, una respuesta permanente a su eterno amor; los Reyes y Jefes de naciones que confesaron paladinamente a Cristo Rey, y pusieron e hicieron que el regio estandarte de la Cruz sombreara sus territorios y banderas nacionales; los sacerdotes, leales dispensadores de los misterios y gracias del Sumo Sacerdote, que con su perseverante labor, santidad de vida y avasallador prestigio de su ejemplo, llevaron a Dios su alma y la de sus greyes respectivas; los padres de familia que hicieron de su hogar un trasunto de Nazaret y convirtieron la familia en cantera sagrada que decorase los palacios de la gloria, en vivero que adornase transplantado los jardines del Edén; los Jueces, Magistrados y Autoridades que administraron recta y santamente la justicia; los ricos que hicieron de sus riquezas escaleras para subir al cielo; los pobres que sobrellevaron con resignación cristiana; las mil pruebas miserables; los jóvenes que supieron refrenar sus pasiones, obligando a los sentidos a tascar el freno de la mortificación; los millares de niños inocentes, cuya vida fué segada en flor, cuya gloria eterna es certísima; todos los justos en fin que han seguido a Jesucristo, camino, verdad y vida; (1)

(1) San Juan XIV, 12.

todos los que han bebido en las fuentes del Salvador; y todos los pecadores que acudieron arrepentidos a las pies de Jesucristo y se refugiaron a tiempo en la llaga de su sacratísimo Costado y del fondo (1) de su alma elevaron al Redentor implorante oración. Todos esos y otros más en mayor número que las arenas del mar (2) se han salvado y se salvarán.

Conviene insistir, amados diocesanos, sobre este punto tan consolador: solo hay *un nombre y un amor* que franquean al hombre las puertas del Paraíso; pero fueron, son y serán legión los que invocan ese *Nombre* de salvación, los que alimentan en sus corazones ese *Amor* de eterna dulzura y perdurable premio.

Queremos llamar a comprobar nuestras afirmaciones primero al Rey de los oradores, al piadosísimo P. Lacordaire, y después a un escritor tristemente célebre por su impiedad.

Hay un hombre, dice el primero, cuyo amor guarda la tumba; hay un hombre cuyo sepulcro no solo es glorioso como lo dijo un profeta, sino cuyo sepulcro es amado. Hay un hombre, cuya ceniza no se ha enfriado, después de diez y ocho siglos—veinte siglos—; que renace cada día en el pensamiento de una multitud innumerable de hombres; que es visitado en su cuna por los pastores y por los Reyes que rivalizan en ofrecerle el oro, el incienso y la mirra. Hay, existe, un hombre, cuyos pasos subsigue una porción considerable de la humanidad, sin dejarlos jamás, y que, a pesar de haber desaparecido, se ve seguido por esa muchedumbre en todos los lugares de su antigua peregrinación, sobre las rodillas de su madre, al borde

(2) Psal. CXXIV. *De profundis clamavi ad te, Domine.*

(3) Psal. CXXXVIII, 18. *Dinumerabo eos, et super arenam multiplicabuntur.* Apocalip. VII. 3 *Vidi turbam magnam, quam dinumerare nemo poterat,*

de los lagos, en lo alto de las montañas, en los senderos de los valles, bajo la sombra de los olivos, en el retiro de los desiertos. Hay un hombre, muerto, y sepultado, cuyo sueño y despertar se espía, y del cual cada palabra que pronunciara vibra todavía y produce más que amor, produce virtudes fructificantes en el amor. Existe un hombre, clavado a un patíbulo (el de la Cruz) en siglos y más siglos y *a ese Hombre, millones de adoradores* le desclaven cada día del trono de su suplicio, arrodíllanse ante Él, prostérnanse lo más baja y rendidamente que pueden, sin avergonzarse de ello, y así, en tierra, le besan con indecible ardor sus ensangrentados pies. Hay un hombre azotado, muerto, crucificado, al que una pasión inenarrable resucita de la muerte y de la *infamia*, para colocarle en la gloria de un *amor* que no desfallece jamás, que habla con Él la paz, el honor, la alegría y hasta el éxtasis. Existe un Hombre perseguido en su suplicio y en su tumba por inextinguible odio, y que, pidiendo apóstoles y mártires a toda la posteridad, halla mártires y apóstoles en el seno de todas las generaciones. Hay un hombre, en fin, es sólo Él que ha fundado su amor sobre la tierra, y este Hombre, sois vos, ¡*Oh Jesús!*, vos que os habéis dignado bautizarme, ungirme, y consagrarme en vuestro amor, y cuyo solo Nombre, en este momento abre y conmueve mis entrañas y arranca de ellas un acento que a mí mismo dulcemente turba, que yo mismo desconozco.

Por su parte, Renán, el impío escritor a que aludimos, ha dejado consignado un clarísimo testimonio que dice: Mil veces más vivo, mil veces más amado después de tu muerte, que durante los días de tu paso por aquí abajo, serás de tal modo la piedra angular de la humanidad, que arrancar tu nombre de este mundo, sería conmoverlo hasta sus cimientos. Entre tí y Dios no habrá distinción. Plenamente conocedor de la muerte tomas posesión de tu reino, *adonde te se-*

guirán por el camino real que has trazado, millares de adoradores (1)

¿Serán asimismo muchos los que se condenan?

A la luz que proyectan las siniestras llamas de Sodomá y Gomorra y con las enseñanzas que suministra el hecho de haberse salvado solo Noé del diluvio universal, así como el haber entrado en la tierra de promisión sólo Caleb y Josué de seiscientos mil Israelitas que salieron de Egipto; el leer en las Santas Escrituras que los horrendos castigos que Dios impuso a los pueblos gentiles, finítimos del hebreo, ni siquiera fueron condignos de sus espantosos crímenes; ante el estado de idolatría y corrupción general del mundo pagano, podemos contestar afirmativamente a la pregunta por lo que hace al Antiguo Testamento: muchísimos, la mayor parte de los hombres del Antiguo Testamento se condenaron,

Y por la parte de acá de la Cruz, cuando se considera que son muchísimos también los que viven como gentiles, sin fe, sin religión; que ignoran culpablemente los Mandamientos de Dios y de la Iglesia, o los desprecian, o no ajustan su vida y costumbres a la fe que dicen profesar, ó a la Religión que dicen pertenecer; cuando se ve que son inmensa legión los cristianos apáticos, muelles, sensuales, negligentes que viven alejados de los Sacramentos o los reciben pocas veces, tarde y mal dispuestos; cuando se oye *¡en tierras de cristianos!* blasfemar, con aterradora frecuencia, de Dios y de sus Santos, y con la misma frecuencia faltar a la Santa Misa en Domingos y fiestas y trabajar en ellos sin necesidad; cuando está patente a los ojos de todos *¡cuántos!* son los que aún entre los llamados católicos, han relegado al olvido los beneficios de la Redención y los intereses eternos del alma, para vivir entregados en su mayor parte a los misérrimos, caducos

(2) Vida de Jesús. c. 25.

y pobrísimos de la tierra; cuando se considera y se pondera que entre los mismos *cristianos ¡pasables y honrados!* la mayor parte no hacen por salvar sus almas lo que hacen por salvar de la muerte un animal a su servicio, y el gran contraste que ofrecen los cuidados y empeños de conservar la salud del cuerpo o de proporcionar placeres a los sentidos con el abandono y desprecio de lo que se refiere a su espíritu inmortal; cuando todo esto se pondera y se palpa, —y nadie lo palpa mejor que nosotros los Prelados,— no hay necesidad de pensar en paganos, judíos, mahometanos, herejes, impíos, escritores perversos, enemigos jurados de Jesucristo, de su Iglesia, de sus Instituciones, para concluir que son muchísimos los redimidos que caminan por la vía espaciosa y ancha que conduce a la perdición. (1)

Y vosotros, mis amados Oxomenses, os salvaréis...? os condenaréis? muchos o pocos? Las listas, blanca y negra, que inmediatamente preceden a esa pregunta, os suministrarán luces, para daros una certera respuesta. Nós creemos más seguro y útil, antes de terminar, señalar las causas que ponen en peligro inminente vuestra salvación y los remedios para evitarlas. Es la primera de todas el no corresponder debidamente a la majestad del nombre y ser de *cristianos*. En los primeros siglos de la Iglesia, el *Yo soy cristiano* era todo; el nombre, la familia, la ciudad, el coraje y fortaleza para profesar la ley de Jesucristo: lo que dijera el mártir Sanctus diácono de Vienne, ante sus perseguidores y verdugos «*Yo soy cristiano, y entre nosotros no se practica el mal*», era el programa de todos los demás cristianos.

La luz de la fé cristiana ha padecido en cambio tales eclipses en la inteligencia de muchos católicos de nuestros días que no solo no quieren padecer por

(1) *Lata porta et spatiosa via quae ducit ad perditionem*
Matth. VII. 13

hacer honor a Jesucristo y a su nombre y ser de cristianos, sino que parece que han perdido todo sentimiento y dignidad de redimidos, cuando miran con tan monstruosa indiferencia la transcendental cuestión de la inmortalidad del alma, y no dedican un momento a pensar que la muerte ha de colocarles en plazo relativamente corto en la tremenda y necesaria alternativa de salvarse, para gozar de Jesucristo, o de condenarse, para padecer eternamente.

Apóyanse no pocos en la mala vida y depravados ejemplos de otros cristianos, y no se repara en repetir que lo que hacen unos, lo podrían hacer los demás; por ser así la costumbre dominante, porque se estila en el mundo moderno; y no caen en la cuenta que, habiendo Jesús lanzado sus mayores condenaciones contra el mundo y los mundanos, todos cuantos fundan su regla de vida en la práctica de los cristianos mundanos, pronuncian y suscriben su propia sentencia de reprobación.

Ciegos, una gran parte, van dejando su conversión para la vejez y para última hora: arde hoy la casa y dicen que apagarán el incendio mañana. Abusar de la misericordia infinita de Dios, para traspasar sus mandamientos, es exponerse a oír como Saul: *Mañana estarás conmigo en el sepulcro*: (1) como Baltasar: *Morirás esta noche* (2); como el rico insensato: *Necio, esta misma noche te pedirán cuenta estrecha de tu alma* (3). No se nos oculta que la inmensa mayoría entre vosotros, al llegar la hora de la muerte, muestra deseos de reconciliarse con Dios y morir en la gracia y amor de Jesucristo; sabemos también perfectamente que en aquel trance y siempre Nuestro Santísimo Salvador ofrece sus misericordias con más ternura que una ma.

(1) *Cras tu et filii tui mecum eritis.* I Reg. XXVIII. 19.

(2) Daniel. V.

(3) *Stulte, hac nocte animam tuam repetant a te.* Luc. XII, 20.

dre (1) y que una sola *lagrimita del pecador*, basta para arrancar la presa de manos del Angel del infierno (2); pero mucho nos tememos que los gemidos postrimeros del que habitualmente blasfemo, y no asistió a la Santa Misa, y no guardó el descanso dominical y huyó de los Santos Sacramentos, o después de recibirlos una sola vez, durante el año, volvió a los mismos pecados, sean efecto de puro terror y miedo y no de sincera conversión, por lo cual no hallarán eco, ni misericordia en el Corazón de Jesús. ¡Ah! amados diocesanos, os lo hemos dicho muchísimas veces por escrito, en nuestras instrucciones y de palabra en las Visitas Pastorales, y os lo queremos repetir por última vez con toda la solemnidad que el caso requiere: quien no emplea su vida en plena salud en servicio de Dios; quien, como *muchisimos* de vosotros, no cumple *los mandamientos de Dios y de la Iglesia*, puede y debe temblar por aquella hora terrible, en que los más fieros enemigos de nuestra salvación han de conspirar por labrar vuestra ruina definitiva. No supísteis, no quisísteis, sanos y buenos, aprovecharos de los únicos medios que Jesucristo puso a vuestra disposición para haceros partícipes de sus méritos y premios, y ¿esperáis y confiáis en poder realizar actos saludables de virtud, cuando os encontréis hundidos en el lecho con grave enfermedad, fatigados de las calenturas, atontecida la cabeza; atormentados por la situación en que queda la familia, aterrorizados por la visión clara de los pecados propios y por la presencia o

(5) *Miserebitur tui magis quam mater.* Eccli: IV. 11.

(4) Dante. Divina Comedia. Purgatorio Canto V.

l' diró il vero, e tu il ridi, tra i vivi.;

L' Angel di Dio mi prese, e quel d' Inferno

Gridava; O tu dal Ciel, perché mi privi?

Tu te ne' porti di costui l' eterno

Per una lagrimetta, che 'l mi toglie;

Ma io faró dell' altro altro governo.

actuación del demonio ganoso en aprovechar los instantes que le quedan, para haceros partícipes de su eterna desdicha. (1) De los tales ha dicho San Ambrosio las siguientes gravísimas palabras: «El que, puesto ya en el postrer término de la vida, pide el sacramento de la penitencia y lo recibe y así sale de esta vida, yo os confieso que no le negamos lo que pide; mas no osamos afirmar que salga de aquí bien encaminado. Repito que no osó decir esto; que no os lo prometo; que no os lo digo; que no os quiero engañar.» (2)

CONCLUSIÓN

No es Nuestro ánimo, amadísimos oxomenses, al consignar en esta última Carta Pastoral ¡cuantos! esfuerzos hace Jesús nuestro adorable Salvador, para asociaros a su gloria, y ¡cuantos! esfuerzos hacéis también muchos de vosotros, para frustrar esos misericordiosos designios de Dios; no es ciertamente, repetimos, Nuestro ánimo llevar a vuestros corazones el desaliento y la desesperación; nunca, jamás. Lo que queremos decir, y creemos que hemos dicho con bastante claridad es que, siendo la salvación del alma negocio el más importante que nos ha de ocupar durante la vida toda con saludable temor y terror, (3) todos, vosotros y Nós, hemos de poner todo nuestro empeño en hacerla cierta y segura por medio de santas obras. (4)

Numerosas son nuestras miserias morales, pero son más numerosos los remedios que nos ofrece Cris-

(1) Apocalip. XII, 12.... *quia descendit diabolus ad vos, habens magnam iram, sciens quoa modicum tempus habet.*

(2) Libro de Penitencia, citado por el P. 'Paulino Alvarez

(3) Philip. II, 12. *Cum metu et tremore vestro operamini.*

(4) Petr. I, 10. *Satagite, ut per vocationem et electionem fer-*

...am salutem

...ona opera certam vestram

...tis

to Jesús, único saneador y médico de las almas. Esfuércense los justos en justificarse más; los santos en santificarse más, o por lo menos no retrocedan un sólo paso de su glorioso camino: nadie pierda las esperanzas ianmortales; el pecador mismo no desespere de alcanzar recompensas eternas, aunque le atormenten los recuerdos de sus pasados crímenes. Dios corrige sus sentencias, si el pecador consiente en corregir su vida; una sólo esperanza, una sólo confianza, una sólo firme promesa nos queda, a justos y pecadores; tu misericordia, oh buen Jesús.

Tales son los anhelos del Prelado que con aciertos o desaciertos os ha gobernado durante cinco años; y tales han sido los de nuestros muy amados cooperadores en la cristianización de la gloriosa diócesis oxomense.

Y pues de cooperadores hablamos, habríamos de sofocar los más vivos y acendrados sentimientos que pugnan por salir de Nuestro corazón, sino hiciéramos constar Nuestra consideración, aprecio y gratitud al Ilmo. Sr. Deán y Cabildo de esta villa episcopal y S. I. Catedral, porque en el mismo período de los cinco años de Nuestro pontificado ha demostrado reverencia, docilidad y amor a su Prelado; celo y sagrado empeño en glorificar a Dios y a sus Santos, enriqueciendo la bella S. Iglesia Catedral con magníficos bancos, buen órgano, esplendentes ornamentos y artísticas y monumentales arañas; celo y empeño por la salvación de las almas, en sus competentísimos y muy elocuentes sermones, en la diligencia con que ha ejecutado todas nuestras comisiones, y sobre todo en el ejemplo de piedad que desde lo alto ha dado a todo el Clero y diócesis de Osma.

Igualmente hacemos patente nuestra gratitud al M. I. Sr. Abad y Cabildo de la Iglesia Colegiata de Soria, siempre tan deferente con su Prelado, siempre tan bien dispuesto, para secundar con cariño filial y

férvido entusiasmo toda iniciativa de su Pastor; a Revdo. Rector, Profesores y alumnos de Nuestro Seminario. Conciliar que con rumbos y hábitos de disciplina, ajustados a los Cánones y Reglamentos que les dimos, ofrecen seguras garantías de sólida formación eclesiástica.

Así mismo damos gracias al Venerable Clero secular, por el auxilio eficaz que Nos ha prestado en la santificación de los pueblos con el fiel desempeño de sus ministerios sacerdotales(1); al Venerable Clero regular por la misma razón, y porque además han enseñado en sus escuelas y colegios la ciencia del conocimiento de Cristo, junto con otras humanas disciplinas, a multitud de niños y jóvenes, a los que atraerón además para formar en las filas de floreciente Tercera Orden y Congregaciones; a las Religiosas que han hecho eso mismo en sus colegios y escuelas, añadiendo a tan meritísima labor las oraciones, pobreza de vida, ayunos, mortificaciones y penitencias, ofrecidas al Cielo con el doble fin de la santificación y salvación propia y ajena; y al periódico católico «Hogar y Pueblo», positivo, seguro y constante defensor de la causa católica.

Finalmente, después de consignar otro voto de gracias a las autoridades provinciales y locales, civiles, judiciales y militares que Nos prestaron su apoyo en más de una ocasión, y con quienes hemos convivido en la mejor armonía, *imploramos de todos una oración*, para que Nuestro Pontificado de Osma haya sido meritorio ante Jesucristo, prometiendo en cambio a todos Nuestros muy amados oxomenses las nuestras, que quisiéramos faesen tan eficaces que os reportaran las piedades del Salvador y las bendiciones del Cielo, de las cuales suspiramos que sea prenda la que os da-

(1) A ellos rogamos que lean con frecuencia Nuestras cartillas, dedicadas a los Rev. Arciprestes y párrocos,

mos en el nombre del Padre † y del Hijo † y del Es-
píritu Santo † Amén.

Dado en Nuestro Palacio de Burgo de Osma a 21
de Diciembre de 1923.

† MATEO, OBISPO DE OSMA.



Por mandato de S. S. Ilmo. y Rvdma.
el Obispo mi Señor,

Dr. Manuel Requejo Pérez.

Maestrescuela Scrío.

Lease la presente Pastoral en todas las Iglesias y Parroquias
de Nuestra Diócesis, en la forma acostumbrada.

Administración de Cruzada

Los Señores Curas encargados de Parroquia pue-
den recoger las Bulas y Sumarios para el año 1924 en
los Centros respectivos a donde han sido enviados ya
por esta Administración.

De orden del Ilmo. y Rvdmo. Prelado se ruega en-
caredidamente el exacto cumplimiento de las disposi-
ciones publicadas en el BOLETIN núm. XXIV del 30 de
Diciembre de 1922, disposiciones que permanecen en
todo su vigor.

Burgo de Osma 30 de Diciembre de 1923.

PRIMITIVO SANZ.

Admor. de Cruzada.